

para ir contra Algecira ;  
 es verdad ; mejor acuerdo  
 es decir al Rey quién soy ;  
 mas no, García, no es bueno,  
 que te quitará la vida,  
 porque no estorbe su intento ;  
 pero si Blanca es la causa,  
 y resistirle no puedo,  
 que las pasiones de un Rey  
 no se sujetan al freno  
 ni á la razón: muera Blanca. (*Saca el puñal*).  
 Pues es causa de mis riesgos  
 y deshonor, y elijamos,  
 corazón, del mal lo menos.  
 Á muerte te ha condenado  
 mi honor, cuando no mis celos,  
 porque á costa de tu vida  
 de una infamia me preservo.  
 Perdóname, Blanca mía,  
 que aunque de culpa te absuelvo,  
 sólo por razón de estado  
 á la muerte te condeno ;  
 mas ¿ es bien, que conveniencias  
 de estado en un caballero,  
 contra una inocente vida  
 puedan más que no el derecho ?  
 Sí, cuando la Providencia,  
 y cuando el discurso atento,  
 miran el daño futuro  
 por los presentes sucesos.  
 Mas, ¿ yo he de ser, Blanca mía,  
 tan bárbaro y tan severo,  
 que he de sacar los claveles  
 con aqueste de tu pecho  
 de jazmines ? No es posible,  
 Blanca hermosa, no lo creo,  
 ni podrá romper mi mano  
 de mis ojos el espejo.  
 ¿ Mas de su beldad ahora,  
 que me va el honor me acuerdo ?

Muera Blanca, y muera yo ;  
 Valor, corazón, y entremos  
 en una á quitar dos vidas ;  
 en uno á pasar dos pechos ;  
 en una á sacar dos almas ;  
 en uno á cortar dos cuellos ;  
 si no me falta el valor,  
 si no desmaya el aliento,  
 y si no al alzar los brazos,  
 entre la voz y el silencio,  
 la sangre falta á las venas  
 y el corte le falta al hierro.

### JORNADA TERCERA

*Sale el CONDE de camino.*

CONDE.

Trae los caballos de la rienda, Tello,  
 que á pié quiero gozar del día bello ;  
 pues tomó en este monte  
 el día posesión de este horizonte.  
 ¡ Qué campo deleitoso !  
 Tú que le vives morirás dichoso,  
 pues en él, don García,  
 doctrina das á la filosofía,  
 y la mujer más cuerda,  
 Blanca en virtud, en apellido Cerda ;  
 pero si no me miente  
 la vista, sale apresuradamente  
 con señas celestiales  
 de entre aquellos jarales,  
 una mujer desnuda ;  
 bella será, si es infeliz, sin duda.

*Sale DOÑA BLANCA con algo de sus vestidos en los brazos  
 mal puesto*

- D.<sup>a</sup> BLANCA. ¿ Dónde voy sin aliento,  
cansada, sin amparo, sin intento,  
entre aquesta espesura?  
Llorad, ojos, llorad mi desventura:  
y en tanto que me visto,  
decid, pues no resisto,  
lenguas del corazón sin alegría:  
¡ Ay dulces prendas, cuando Dios quería!
- CONDE. Aunque mal determino,  
parece que se viste, y imagino  
que está turbada y sola;  
de la sangre española  
digna empresa es aquesta.
- D.<sup>a</sup> BLANCA. Un hombre para mí la planta apresta.
- CONDE. Parece hermosa dama.
- D.<sup>a</sup> BLANCA. Quiero esconderme entre la verde rama.
- CONDE. Mujer, escucha, tente,  
¿ Sales como Diana de la fuente  
para matar severa  
de amor al cazador como á la fiera?
- D.<sup>a</sup> BLANCA. Mas ¡ ay, suerte dichosa!  
Este es el Conde.
- CONDE. Hija, Blanca hermosa.  
¿ Dónde vas de esta suerte?
- D.<sup>a</sup> BLANCA. Huyendo de mi esposo, y de mi muerte.  
Ya las dulces canciones,  
que en tanto que dormía en mis balcones  
alternaban las aves,  
no son ¡ oh Conde! epitalamios graves;  
serán ¡ oh dueño mío!  
de pájaro funesto agüero impío,  
que el día entero, y que las noches todas  
cante mi muerte, por cantar mis bodas.  
Trocóse mi ventura:  
oye la causa, y presto te asegura,  
y vé á mi casa, adonde  
muerto hallarás mi esposo, muerto, Conde.  
Aquesta noche, cuando  
le aguardaba mi amor en lecho blando,  
último del deseo

término santo, y templo de Himeneo,  
cuando yo le invocaba  
y la familia recogida estaba,  
entrar le ví severo  
blandiendo contra mí su blanco acero;  
dejé entonces la cama,  
como quien sale de improvisa llama,  
y mis vestidos busco,  
y al ponerme me ofusco  
esta cota brillante;  
mira qué fuerte peto de diamante:  
vístome el faldellín, y apenas puedo  
hallar las cintas ni salir del ruedo;  
pero sin compostura  
le aplico á mi cintura,  
y mientras le acomodo,  
lugar me dió la suspensión á todo.  
La causa le pregunto,  
mas él casi difunto,  
á cuanto vió y á cuanto le decía,  
con un suspiro ardiente respondía,  
lanzando de su pecho y de sus ojos,  
piedades confundidas con enojos,  
tan juntos, que dudaba  
si eran iras ó amor lo que miraba;  
pues de mí retirado  
le ví volver más tierno, más airado,  
diciéndome entre fiero y entre amante:  
tú, Blanca, has de morir, y yo al instante:  
mas el brazo levanta,  
y abortando su voz en su garganta,  
cuando mi fin recelo,  
caer le ví en el suelo,  
cual suele el risco cano  
del aire impulso descender al llano,  
y yerto en él, y mudo  
de aquel monte membrudo,  
suceder en sus labios, y en sus ojos  
pálidas flores á claveles rojos;  
y con mi boca, y mi turbada mano

busco el calor entre su hielo en vano ;  
 y estuve de esta suerte  
 neutral un rato entre la vida y muerte,  
 hasta que ya latiendo,  
 oí mi corazón estar diciendo :  
 vete, Blanca, infelice,  
 que no son siempre iguales  
 los bienes y los males,  
 y no hay acción alguna  
 más vil que sujetarse á la fortuna.  
 Yo le obedezco, y dejo  
 mi aposento y mi esposo, y de él me alejo,  
 y en mis brazos, sin bríos  
 mal acomodo los vestidos míos :  
 por donde voy no veía,  
 cada paso caía,  
 y era, Conde, forzoso,  
 por volver á mirar mi amado esposo.  
 Las cosas que me dijo,  
 cuando la muerte me intimó y predijo,  
 los llantos, los clamores,  
 la blandura, mezclada con rigores,  
 los acometimientos, los retiros,  
 las disputas, las dudas, los suspiros,  
 el verle amante y fiero,  
 ya derribarse el brazo, ya severo  
 levantarle arrogante,  
 como la llama en su postrero instante ;  
 el templar sus enojos  
 con llanto de mis ojos ;  
 el luchar, y no en vano,  
 con su puñal mi mano,  
 que con arte consiente  
 vencerse fácilmente,  
 como amante que niega  
 lo que desea dar á quien le ruega ;  
 el esperar mi pecho  
 el crudo golpe en lágrimas deshecho :  
 ver aquel mundo breve,  
 que en fuego comenzó y acabó nieve :

y verme á mí asombrada,  
 sin determinación, sola y turbada,  
 sin encontrar recurso  
 en mis piés, en mi mano, en mi discurso ;  
 el dejarle en la tierra,  
 como suele en la sierra  
 la destroncada encina  
 el que oyó de su guarda la bocina,  
 que deja al enemigo  
 desierto el tronco, en quien buscaba abrigo ;  
 el buscar de mis puertas,  
 con las plantas inciertas,  
 las llaves, cuando siento  
 (aquí, Señor, me ha de faltar aliento)  
 el abrirlas á oscuras,  
 el no poder hallar las cerraduras,  
 tan turbada y sin juicio,  
 que la buscaba de uno en otro quicio ;  
 y las penas que pasa  
 el corazón, cuando dejé mi casa  
 por estas espesuras,  
 en cuyas ramas duras  
 hallarás mis cabellos,  
 (pluguiera á Dios me suspendiera en ellos)  
 te contaré otro día ;  
 agora vé, socorre al alma mía,  
 que queda de este modo :  
 yo lo perdono todo,  
 que no es, señor, posible,  
 fuese su brazo contra mí terrible  
 sin algún fundamento,  
 bástele por castigo el mismo intento,  
 y á mí por pena básteme el cuidado,  
 pues yace, si no muerto, desmayado.  
 Acúdele á mi esposo,  
 oh Conde valeroso,  
 sucesor, y pariente  
 de tanta, con diadema, honrada frente ;  
 así la blanca plata,  
 que por tu grave pecho se dilata,

barra de España las moriscas huellas,  
sin dejar en su suelo señal de ellas,  
que los pasos dirijas  
adonde, si está vivo, le corrijas  
de fiereza tan dura,  
y seas, porque cobre mi ventura  
cuando de mí te informe,  
árbitro entre los dos que nos conforme ;  
pues los hados fatales  
me dieron el remedio entre los males ;  
pues mi fortuna quiso  
hallase en ti favor, amparo, aviso,  
pues que miran mis ojos  
no salteadores de quien ser despojos,  
pues eres, Conde ilustre,  
gloria de Illán y de Toledo lustre ;  
pues que plugo á mi suerte  
la vida hallase quien tocó la muerte.  
Digno es el caso de prudencia mucha ;  
este es mi parecer : ¡ ah Tello ! escucha.

CONDE.

*Sale TELLO.*

Ya sabes, Blanca, como siempre es justo  
acudas á mi gusto ;  
así, sin replicarme,  
con Tello al punto, sin excusas darme,  
en aqueste caballo, que lealmente  
á mi persona sirve juntamente,  
caminad á Toledo ;  
esto conviene, Blanca, esto hacer puedo ;  
y tú á palacio llega,  
á la Reina la entrega ;  
que yo voy á tu casa,  
que por llegar el corazón se abrasa,  
y he de estar de tu parte  
para servirte, Blanca, y ampararte.  
Vamos, señora mía.

TELLO.

D.<sup>a</sup> BLANCA. Más quisiera, señor, ver á García.

CONDE. Que aquesto importa advierte.

D.<sup>a</sup> BLANCA. Principio es de acertar obedecerte.*(Vanse )**Sale DON GARCÍA con el puñal desnudo.*

DON GARCÍA. ¿ Dónde voy, ciego homicida ?  
¿ Dónde me llevas, honor,  
sin el alma de mi amor,  
sin el cuerpo de mi vida ?  
Á Dios mitad dividida  
del alma, sol que eclipsó  
una sombra ; pero no,  
que muerta la esposa mía,  
no tuviera luz el día  
ni tuviera vida yo.  
¡ Blanca muerta ! no lo creo,  
el cielo vida la dé,  
aunque esposo la quité  
lo que amante la deseo :  
quiero verla ; pero veo  
sólo el retrete, y abierta  
de mi aposento la puerta,  
limpio en mi mano el puñal,  
y, en fin, yo vivo, señal  
de que mi esposa no es muerta.  
Blanca con vida ¡ ay de mí !  
¡ cuando yo sin honra estoy !  
Como ciego amante soy,  
esposo cobarde fui.  
Al Rey en mi casa ví  
buscando mi prenda hermosa,  
y aunque noble, fué forzosa  
obligación de la ley,  
ser piadoso con el Rey,  
y tirano con mi esposa.  
¿ Cuántas veces fié al tirano  
acero la ejecución ?  
¿ Y cuántas el corazón  
dispensó el golpe á la mano ?  
Si es muerta, morir es llano ;  
si vive, muerto he de ser :  
Blanca, Blanca, ¿ qué he de hacer ?  
¿ Mas qué me puedes decir,  
pues sólo para morir

III

me has dejado en qué escoger?

*Sale el CONDE.*

CONDE. Dígame vueseñoría,  
¿contra qué morisco alfange  
sacó el puñal esta noche,  
que está en su mano cobarde?  
¿contra una flaca mujer,  
por presumir ignorante,  
que es villana? bien se acuerda,  
cuando propuso casarse,  
que le dije era su igual,  
y mentí, porque un Infante  
de los Cerdas fué su abuelo,  
si Conde su noble padre.  
Y con una labradora  
se afrentara, como sabe,  
que el Rey ha venido á verle,  
y por mi voto le hace  
capitán de aquesta guerra,  
y me envía de su parte  
á que le lleve á Toledo.  
¿Es bien que aquesto me pague  
con su muerte, siendo Blanca  
luz de mis ojos brillante?  
Pues vive Dios, que le había  
de costar al loco, al fácil,  
cuanta sangre hay en sus venas,  
una gota de su sangre.

DON GARCÍA. Decidme, Blanca ¿quién es?

CONDE. Su mujer, y aquesto baste.

DON GARCÍA. Reportaos, ¿quién os ha dicho,  
qué quise matarla?

CONDE. Un ángel,  
que hallé desnudo en el monte:  
Blanca, que entre sus jarales,  
perlas daba á los arroyos,  
tristes suspiros al aire.

DON GARCÍA. ¿Dónde está Blanca?

CONDE. Á palacio,  
esfera de su real sangre,

la envié con un criado,

DON GARCÍA. ¡Matadme, señor, matadme!  
¡Blanca en palacio, y yo vivo!  
Agravios, honor, pesares,  
¿cómo si sois tantos juntos  
no me acaban tantos males?  
¿Mi esposa en palacio, Conde?  
¿y el Rey, que los cielos guarden,  
me envía contra Algecira  
por capitán de sus haces  
siendo en su opinión villano?  
Quiera Dios que en otra parte  
no desdore con afrentas  
estas honras que me hace.  
Yo me holgara, á Dios pluguiera,  
que esa mujer que criásteis  
en Orgaz para mi muerte,  
no fuera de estirpes reales,  
sino villana, y no hermosa:  
y á Dios pluguiera, que antes  
que mi pecho enterneciera,  
aqueste puñal infame  
su corazón con mi riesgo  
le dividiera en dos partes,  
que yo os excusara, Conde,  
el vengarla y el matarme  
muriéndome yo primero;  
¡qué muerte tan agradable  
hubiera sido, y no agora  
oir, para atormentarme,  
que está sin defensa, adonde  
todo el poder la combate!  
Haced cuenta que mi esposa  
es una bizarra nave,  
que por robarla la busca  
el Pirata de los mares,  
y en los enemigos puertos  
se entró, cuando vigilante,  
en los propios la buscaba,  
sin pertrechos que la guarden,

sin piloto que la rija,  
 y sin timón y sin mástil.  
 No es mucho que tema, Conde,  
 que se sujete la nave  
 por fuerza ó por voluntad  
 al capitán que la bate.  
 No quise por ser humilde  
 darla muerte ni fué en balde;  
 creed, que aunque no la digo,  
 fué causa más importante.  
 No puedo decir por qué;  
 mas advertid, que más sabe,  
 que el entendido en la agena,  
 en su casa el ignorante.

CONDE.

¿Sabe quién soy?

DON GARCÍA.

Sois Toledo,  
 y sois Illán por linaje.

CONDE.

¿Débeme respeto?

DON GARCÍA.

Sí,  
 que os he tenido por padre.

CONDE.

¿Soy su amigo?

DON GARCÍA.

Claro está.

CONDE.

¿Qué me debe?

DON GARCÍA.

Cosas grandes.

CONDE.

¿Sabe mi verdad?

DON GARCÍA.

Es mucha.

CONDE.

¿Y mi valor?

DON GARCÍA.

Es notable.

CONDE.

¿Sabe que presido á un reino?

DON GARCÍA.

Con aprobación bastante.

CONDE.

Pues confiese lo que siente,  
 y puede de mí fiarse  
 el valor de un caballero  
 tan afligido y tan grave:  
 dígame vuesañoría,  
 hijo, amigo, como padre,  
 como amigo sus enojos,  
 cuénteme todos sus males;  
 refiérame sus desdichas:  
 ¿teme que Blanca le agravie

que es, aunque noble, mujer?  
 DON GARCÍA. Vive Dios, Conde, que os mate  
 si pensáis que el sol, ni el oro  
 en sus últimos quilates,  
 para exagerar su honor  
 es comparación bastante.

CONDE.

Aunque habla como debe  
 mi duda no satisface  
 por su dolor regulada;  
 solos estamos, acabe;  
 por la cruz de aquesta espada  
 he de acudille, amparalle,  
 si fuera Blanca mi hija,  
 que en materia semejante,  
 por su honra depondré  
 el amor y las piedades:  
 dígame si tiene celos.

DON GARCÍA.

No tengo celos de nadie.

CONDE.

¿Pues qué tiene?

DON GARCÍA.

Tanto mal,  
 que no podéis remedialle.

CONDE.

¿Pues qué hemos de hacer los dos  
 en tan apretado lance?

DON GARCÍA.

¿No manda el Rey que á Toledo  
 me llevéis, Conde? llevadme;  
 mas decid, ¿sabe quién soy  
 su majestad?

CONDE.

No lo sabe.

DON GARCÍA.

Pues vamos, Conde, á Toledo

CONDE.

Vamos, García.

DON GARCÍA.

Id delante.

CONDE.

(Ap.) Tu honor y vida amenaza,  
 Blanca, silencio tan grande,  
 que es peligroso accidente  
 mal que á los labios no sale.

DON GARCÍA.

(Ap.) ¿No estás en palacio, Blanca?  
 ¿No te fuiste, y me dejaste?  
 Pues venganza será ahora  
 la que fué prevención antes.

(Vanse.)

*Salen la REINA y DOÑA BLANCA.*

REINA. Á vuestro amparo me obligo,  
y creedme, que me pesa  
de vuestros males, Condesa.

D.<sup>a</sup> BLANCA. ¿Condesa? no habla conmigo:  
mire vuestra majestad,  
que de quien soy no se acuerda.

REINA. Doña Blanca de la Cerda,  
prima, mis brazos tomad.

D.<sup>a</sup> BLANCA. Aunque escuchándola estoy,  
y sé no puede mentir,  
vuelvo, señora, á decir,  
que una labradora soy,  
tan humilde, que en la villa  
de Orgaz pobre me crié  
sin padre.

REINA. Y padre, que fué  
propuesto Rey en Castilla.  
De don Sancho de la Cerda  
sois hija; vuestro marido  
es, Blanca, tan bien nacido  
como vos; y pues sois cuerda,  
y en palacio habéis de estar,  
en tanto que vuelve el Conde,  
no digáis quién sois, y adonde  
ha de ser voy á ordenar.

D.<sup>a</sup> BLANCA. ¿Habrá alguna, cielo injusto,  
á quién dé el hado cruel  
los males tan de tropel,  
y los bienes tan sin gusto  
como á mí? ¿Ni podrá estar  
viva con mal tan exento,  
que no da vida un contento,  
y da la muerte un pesar?  
¡Ay esposo, qué de enojos  
me debes! ¿Mas pesar tanto,  
como lo dicen sin llanto  
el corazón y los ojos?

*Pone un lienzo en el rostro, y sale DON MENDO.*

DON MENDO. Labradora, que al Abril

*(Vase.)*

florido en la gala imita,  
de los bellos ojos quita  
ese nublado sutil,  
sino es que con perlas mil  
bordas, llorando, la Holanda;  
¿quién eres? La Reina manda,  
que te guarde, y ya te espero.

D.<sup>a</sup> BLANCA. Vamos, señor caballero,  
el que trae la roja banda.

DON MENDO. Bella labradora mía,  
¿conócesme acaso?

D.<sup>a</sup> BLANCA. Sí;  
pero tal estoy, que á mí  
apenas me conocía.

DON MENDO. Desde que te ví aquel día,  
cruel para mí, señora,  
el corazón que te adora,  
ponerse á tus piés procura.

D.<sup>a</sup> BLANCA. *(Ap.)* Sólo aquesta desventura,  
Blanca, te faltaba ahora.

DON MENDO. Anoche en tu casa entré  
con alas de amor por verte,  
mudaste mi feliz suerte,  
mas no se mudó mi fe;  
tu esposo en ella encontré,  
que cortés me resistió.

D.<sup>a</sup> BLANCA. ¿Cómo? qué dices?

DON MENDO. Que no,  
Blanca, la ventura halla  
amante que va á buscalla,  
sino acaso, como yo.

D.<sup>a</sup> BLANCA. Ahora sé, caballero,  
que vuestros locos antojos  
son causa de mis enojos,  
que sufrir y callar quiero.

*Sale DON GARCÍA.*

DON GARCÍA. Al conde de Orgaz espero;  
¡mas qué miro!

DON MENDO. Tu dolor  
satisfaré con amor.